

El Tecnológico de Monterrey de Rodrigo Mendirichaga

SEÑORAS Y SEÑORES:

Cuando Rodrigo Mendirichaga me hizo la invitación para presentar este su nuevo libro, la acepté sin el menor titubeo impulsado secretamente por dos razones, ambas de orden cordial: una, el Instituto Tecnológico –tema del libro- en el que se ha centrado toda mi vida profesional, constituyéndose así en una razón de amor y de vida; otra, el amigo, con amistad anudada, a pesar de la diferencia de años, primero como discípulo en mis cursos de Filosofía, después como colaborador, profesor en el Departamento de humanidades a mi cargo.

Acepté la invitación sin conocer aún el libro, pero ya con la seguridad de su valor, asistir a ésta no sólo por el conocimiento del talento y de las capacidades literarias de Rodrigo, sino sobre todo por el conocimiento de su seriedad intelectual, de su objetividad crítica y de su responsabilidad como historiador.

Esta seguridad se veía confirmada en la medida en que el autor se explayaba contándome cómo había nacido y cómo había sido facilitada la tarea por el propio Instituto al permitirle el acceso a las fuentes documentales más importantes y cómo había tenido la suerte de haber podido entrevistar a muchas de las personas que habían participado en la fundación del Instituto y en la conducción y orientación del mismo.

De hecho, Rodrigo me anticipaba en aquella plática lo que con ligeras variantes deja consignado en los capítulos con que abre y cierra su libro: motivos de conocimiento y amor; un tema cuya justificación está en su propia importancia, y una clara conciencia de los límites y del tratamiento estilístico de la obra.

Al terminar la entrevista, Rodrigo dejó en mis manos una copia del original mecanografiado, haciéndome una última advertencia: le he dado una forma narrativa,

procurando hacer amena la lectura. Presento los hechos entre personajes, diálogos y anécdotas, evadiendo en lo posible la frialdad de las cifras y de los datos.

Cuando ya a solas di comienzo a la lectura, vi en el título el primer acierto del libro: El Tecnológico de Monterrey, sucesos, anécdotas, personajes.

El autor no quería darle el rívido de una historia, a pesar de la consistente fundamentación documental; tampoco el de una crónica escueta, a pesar del orden cronológico de la narración y de la calidad de testigo en muchos de los hechos. Adoptó la forma de un relato literario dramatizado que satisfacía simultáneamente las exigencias históricas y las exigencias literarias.

Comencé la lectura con ánimo crítico, pero éste pronto desapareció por la virtud estética de la narración que me adentraba en el mundo que el autor iba construyendo, reconstruyendo, jalando el hilo de una historia que comienza con el surgimiento del proyecto de una institución universitaria en Monterrey y termina con la realidad espléndida de un Instituto que ha consolidado su prestigio académico con aportaciones trascendentes en el campo de la educación superior de México y ha extendido el beneficio de su acción educacional en muchas partes de nuestro territorio patrio.

Leí la obra de un solo tirón, sin que mi interés decayese en ningún instante, siendo ilustrado mi conocimiento con la investigación hecha por Rodrigo respecto a la fundación del Instituto y al comienzo de la operación académica de éste; sintiendo florecer el recuerdo emocionado con el relato de sucesos posteriores a 1945 –fecha de mi ingreso al Instituto–; poniendo a prueba frecuentemente mi propia visión de las cosas al confrontarlas con la visión, seguramente más objetiva del autor, y siendo motivada mi reflexión respecto a la realidad presente de nuestra Casa de Estudios.

Los primeros capítulos tuvieron para mí un especial interés, sobre todo, el intitulado El Instituto hace publicidad, en el que se reproduce el primer documento en que el Tecnológico se define a sí mismo y expresa sus objetivos y su filosofía educacional. No resisto la tentación de leer algunos párrafos de tal documento.

“El Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey es una institución fundada con el objeto de propugnar por la cultura, y al mismo tiempo, formar técnicos capaces de tener en sus manos la dirección y administración de las empresas industriales, comerciales y bancarias. De este modo, el Instituto llena una necesidad del centro industrial más grande de la República, que es la ciudad de Monterrey; pero también satisface una necesidad nacional al preparar hombres eficaces y de moral íntegra que sirvan a las empresas del país entero.

(El propósito de la Asociación Civil Enseñanza e Investigación Superior) es dotar al Estado de Nuevo León de una fuente de cultura y conocimientos que permitan a los jóvenes una mejor actuación en la vida y paralelamente eleven el nivel medio cultural”

“(La educación impartida por el Instituto Tecnológico) será una educación integral, es decir, comprende la educación del cuerpo y la del espíritu... Con respecto a la educación del espíritu, el Instituto Tecnológico pretende no solamente instruir (al alumno), sino educar sus tres facultades esenciales: la memoria, la inteligencia y la voluntad... Las especialidades técnicas... no serán obstáculo para que se afiance su cultura general, teniendo como base las tres disciplinas en que se apoya toda la cultura verdadera: la filosofía, la literatura y la historia. De esta manera el especialista técnico no será un inadaptado, sino un ser profundamente social y comprensivo, abierto a todas las inquietudes, disciplinado en el trabajo y en sus relaciones con los demás, pero inquieto y audaz en las especulaciones y en los descubrimientos, verdadero factor de adelanto y progreso en el cuerpo social”.

De gran importancia también, en cuanto revelador del prestigio logrado por el Instituto en sus primeros cinco años de existencia, es el capítulo Ojos y pluma de un visitante, en que se extracta un artículo del gran intelectual y polígrafo mexicano José Vasconcelos referente al Instituto Tecnológico. En él se destacan las excelencias del Tecnológico que es calificado como “el Colegio más bien organizado del país”. Después de hacer el elogio de las instalaciones materiales, el maestro Vasconcelos precisa: “el Tecnológico de Monterrey vale por su sistema, su profesorado y la claridad de su misión, todavía más que por sus flamantes construcciones, y siendo más explícito agrega que en el Tecnológico está sentando Monterrey las bases del desarrollo autónomo de la industria

nacional... En adelante, el técnico enraizará en la empresa, ligado a ella con un interés de patriotismo; patriotismo que sabe que el futuro de un pueblo depende de la eficacia de sus escuelas y su ciencia.

El Tecnológico de Monterrey posee una brillante sección de humanidades, a pesar de que no expide títulos de literatura ni de filosofía. Su Departamento de Humanidades tiene por tarea complementar la educación de los ingenieros y los técnicos. Recogiendo y enriqueciendo la más reciente doctrina pedagógica de nuestro tiempo, trata de hacer del técnico un hombre capaz de subordinar la técnica a los fines del espíritu. Para ello da educación clásica a sus ingenieros, a sus peritos. En el Instituto Tecnológico se transmite el mensaje de los grandes creadores espirituales de todos los tiempos”.

La anécdota oportuna no es solamente un recurso literario eficaz que aligera la narración y refuerza la amenidad de la obra, sino un elemento que enriquece la visión, apoyando la imaginación y completando el cuadro. Lástima que en una presentación como ésta no nos podamos detener en la ejemplificación de algunas de las anécdotas más significativas.

Hechos y anécdotas; pero también personajes. Desde luego, sólo unos cuantos están retratados con identificación plena en la obra. Son los de mayor jerarquía en importancia y, aunque son vistos únicamente en su relación con el Instituto, surgen vivos en las páginas del libro. Están representados con fidelidad escrupulosa, captados en sus rasgos peculiares, destacados en sus valores positivos más característicos: así, por ejemplo, Don Eugenio Garza Sada, Presidente, hasta el momento de su muerte, del Consejo de Directores del Tecnológico y de la Asociación Civil Enseñanza e Investigación Superior; así también los más altos dirigentes académicos del Instituto, el Ingeniero León Ávalos Vez, su primer Director; el Lic. Roberto Guajardo Suárez, uno de sus grandes gestores y su segundo Director; el Ing. Víctor Bravo Ahuja su primer Rector, y el Ingeniero Fernando García Roel su actual Rector. Los respectivos gobiernos académicos de estos cuatro dirigentes señalan las cuatro etapas, desiguales en tiempo, en que se divide de hecho la historia del Instituto: los inicios, las primeras líneas directrices, la consolidación y la expansión del sistema Tecnológico.

De las 259 páginas de que consta la narración, 170 –más de la mitad- están dedicadas a los 8 primeros años del Instituto que cubren los regímenes del Ing. León Ávalos Vez y del Lic. Roberto Guajardo Suárez. Esta morosa detención en las dos primeras etapas obedece sin duda alguna al criterio de un buen historiador. La perspectiva histórica requiere, para ser objetiva, cierta distancia temporal. Cuando esta falta, es mucho mayor el riesgo de la distorsión subjetiva al debilitarse tanto el criterio selectivo como la visión crítica.

No obstante la obligada constricción del espacio concedido a las dos últimas épocas -88 páginas-, el autor no olvida destacar los elementos y pasos más valiosos en la evolución académica del Instituto; por ejemplo, la actitud autocrítica institucional que caracterizó al gobierno del Ing. Víctor Bravo Ahuja y que fue determinante en la superación académica y administrativa del Instituto, o las agitaciones estudiantiles, las innovaciones educativas, la expansión del Instituto y el nacimiento del sistema Tecnológico en el régimen del Ing. García Roel.

Al terminar la lectura, uno lamenta que el relato haya terminado. Por ello es pertinente la advertencia del autor:

“...debo indicar que en mi intención al concebir este libro había primero un deseo narrativo estuviese fundamentado... Quiero decir que no pretendía en mi plan inicial ser exhaustivo en la ubicación y exploración de las fuentes, tanto documentales como vivas. Me disculpo ante quienes hubieran querido encontrar más datos y más entrevistados. La idea original era ofrecer una visión suficiente para llegar a conocer la institución de la que me ocuparía... estoy consciente de que no he abarcado el suceso completo, ni he citado a todos los protagonistas, ya que la experiencia propia de cada profesor –sus vivencias, su creación- sería suficiente para sustentar por si sola un libro.

Intenté ser objetivo, procurando ofrecer hechos y solamente sugerir posibilidades de interpretación donde hubiese alternativas, tratando de mantenerme fiel a lo investigado en escritos o entrevistas. Aun ciertas ligeras concesiones a la imaginación no afectan la que consideré la verdad de los acontecimientos...

En la marcha misma del trabajo me vi envuelto en circunstancias conflictivas de vaivén...no pretendo abrumar al lector con mis padecimientos, que felizmente concluyeron sino que lo expreso para que se entienda mejor cierto apremio por concluir. Esto se agregaría a las razones primarias para no llegar a abarcarlo todo, de lo cual tengo plena conciencia y ningún remordimiento.

No sólo no debe tener Rodrigo remordimiento alguno sino sentir una gran satisfacción por la obra realizada. Tras ésta vendrán seguramente otras muchas, menores o mayores en extensión, con sentido y propósitos diversos. Pero este Tecnológico de Monterrey que esta noche estoy presentando tiene ya el mérito de haber sido el primero y constituirse en fuente necesaria para todos los que después vengan. Pienso también que las obras posteriores difícilmente podrán superar la emoción y la belleza que encierra el libro de Rodrigo.

Este año de 1983 se cumple el cuadragésimo aniversario de la fundación del Instituto Tecnológico. Creo firmemente que Rodrigo Mendirichaga se propuso que en él justamente apareciese su obra. Ésta es su homenaje personal al Instituto. Bello homenaje de amor. Porque vinculado en amor y conocimiento al Instituto Tecnológico, lo que Rodrigo nos está entregando es una obra de conocimiento y amor sobre el Tecnológico de Monterrey.

Al presentarla, yo, como funcionario del Instituto la agradezco y la aplaudo, extendiendo aplauso y gratitud a la Editorial Castillo.

12 de mayo de 1983.

Alfonso Rubio y Rubio